

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

Por una
rubia

John Gilbert
Jeanne Eagels



BELL, Monta



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III
Nº 73
25
Publicación Semanal de argumentos
de películas de
METRO GOLDWYN MAYER
Cénts.

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

POR UNA RUBIA

(MAN, WOMAN AND SIN, 1927)
Comedia dramática, interpretada por

JOHN GILBERT

y

JEANNE EAGELS



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BRACELONA



POR UNA RUBIA

Argumento de la Película:

Hogar modesto. En él viven, pobres pero felices, una bondadosa madre y su amante hijo.

La mujer comienza el descenso de los cuarenta; y el rapaz... no es más que eso: un rapaz.

La desaparición del padre, tras larga enfermedad, que consumió todas las economías reunidas, dólar a dólar, durante muchos años de constante trabajar, la compensaban valerosamente la viuda y el hijito.

La señora Whitman lavaba ropa y confeccionaba almohadillas de plancha, y Alberto, su hijo, hacía un poco de todo, sin importarle correr el riesgo de una paliza o una pedrada, como la que recibió el día que principia nuestra historia, por dedicarse a coger unos pedazos de carbón de los vagones que lo transportaban a la ciudad.

¿Qué valor tenía una pedrada más o menos?

En cambio, con el producto de la venta de los kilos de carbón que lograba reunir, se producía un ingreso más en la casa.

La madre adoraba en su hijo, y le aconsejaba que no se librarse, aunque mucho lo necesitaban, a aquel juego peligroso de hurtar carbón, pero Alberto le respondía siempre que el carbón que él cogía amenazaba caerse a la vía, y que, antes de que cayese en cualquier otro sitio, como era inminente, prefería hacerlo caer en su saco.

Después, vendía periódicos, era recadero, farolero del barrio y mil menudencias más, dispuesto a todo por ganarse algún dinero.

A pesar de su miseria, los Whitman se habían propuesto separar unas monedas para poder comprarse, algún día más o menos lejano, una casita, un verdadero hogar.

Por tal razón, aunque la comida no faltaba, los Whitman se imponían el sacrificio de privarse en cuanto al vestir y en otras cosas de menor importancia que el alimento.

Alberto no tenía amigos en su barrio de los alrededores de Washington, ni en los otros; pero lo hubiese sido de buena gana de una preciosa muchacha de su edad que se llamaba Maribel, la cual no se habría negado a su deseo, de no impedirle severamente su encopetada madre, que le tratase, ni le saludase siquiera.

En aquella calle, y no lejos de la mansión de

Maribel, había una casa abandonada, y, al parecer, encantada.

Al decir de la gente, había fantasmas, por lo que desde hacía muchos años, muchos, estaba desalquilada.

Varios muchachos se hallaban estacionados ante la casa de los duendes y comentaban lo que había ocurrido en ella.

Entre los comentarios figuraba uno que parecía ajustarse, en opinión de muchos, a la verdad, esa verdad que es, según Pirandello, no lo que es, sino lo que la gente cree.

El comentario en cuestión era el de que un diácono que cogieron robando pollos se ahorcó en dicha casa, un domingo por la mañana...

Alberto, para demostrar a los muchachos, y, principalmente, a Maribel, que le estaba mirando, que era un valiente, entró resueltamente en la casa de los fantasmas.

Naturalmente, no había nadie dentro. Algo había, pero no eran más que enormes telarañas, que parecían auténticos tapices colgados aquí y allá como en una exposición.

Subió al piso superior, y vió lo mismo. Era, ciertamente, muy valiente, pero el lugar se ensombrecía tanto a medida que iba adentrándose en él, que empezó a inquietarle aquel misterio de la casa encantada, y buscó la salida; pero al reaparecer ante los chiquillos y Maribel, hi-

zo como si no hubiese sentido el menor calor-frión.

Los muchachos le contemplaron con admiración, y Alberto, viendo que Maribel, desde el jardín de su casa, le sonreía, chupando una barrita de caramelo, se acercó a ella, para saludarla de cerca.

A Maribel, acaso de la emoción, se le cayó el dulce, y Alberto se lo recogió y se lo limpió de polvo, para que pudiera continuar la hermosa niña chupándolo con fruición.

Mas... apareció la madre de Maribel, y apoderándose del caramelo de ésta lo tiró a la calle, por encima de la verja del jardín.

El dulce cayó a los pies de Alberto, quien, recogiéndolo, se lo llevó tranquilamente a los labios.

Al llegar a su casa, después de haber cumplido con su obligación de farolero, contó a su madre todo lo que había hecho.

—¿No sabes? ¡Estuve en la casa encantada!

—¡Qué audaz eres, hijo mío!

—A Maribel se le cayó el dulce... se lo recogí... se lo devolví... y entonces la madre lo tiró... y helo aquí, para ti y para mí.

—Gracias, hijo...

—Apostaría a que en la casa encantada se esconden ladrones.

—Y yo apostaría a que Maribel es tu novia.

—No, mamá... Mi novia eres tú.

La contestación de Alberto era sincera. Su verdadera novia era su madre. No miraba a las niñas con ojos de amor, pues ignoraba qué era eso. El no sabía más que su madre le adoraba y que era justo corresponder del mismo modo a su cariño.

Pasaron algunos años. Alberto llegó a los veinte convertido en un hombre de provecho.

Hasta entonces habíase ocupado en varios oficios; pero, cursadas algunas solicitudes, un día obtuvo satisfacción a una de ellas: la de empleado en el más importante rotativo de la ciudad como uno de tantos mozos contratados para el cierre del correo.

Fué preciso cambiar de barrio, para vivir en otra casa más cercana al periódico, y la señora Whitman celebró mudarse de calle.

Metieron en un carro todas sus cosas, y, acodándose luego en él, como para vigilar que no hurtasen nada, hablaron alegremente.

—En mi nueva ocupación tendré los domingos libres e iremos siempre de paseo—dijo Alberto, radiante de felicidad.

La madre le miró fijamente y repuso:

—Hasta que te salga una novia.

—¡Oh! ¡Siempre el temor de la novia! Mi novia eres tú, madre.

Y el carro rodaba por el asfalto, rodaba lentamente, conduciendo a la gloria a una buena madre y a un excelente hijo.

Alberto empezó a trabajar en su nueva ocupación. La grasa de las máquinas, la tinta de las pruebas, el lubricante de los motores, principiaban el rostro del pulido empleado, como el de los demás de su categoría; pero estaba satisfecho.

El era el que se encargaba de repartir un ejemplar del periódico a todos los empleados de la casa.

La telefonista de la administración se había fijado con interés en Alberto y, aquel día, al entregarle él el periódico, le retuvo y le dijo, adoptando una actitud que la censura no hubiese aprobado:

—Mañana tiene usted la noche libre, ¿verdad?

—Sí, y creo habérmela ganado...

—Pues, yo también la tengo libre... Es casual, ¿no?

La telefonista le invitaba de un modo indirecto muy directo a salir con ella; pero Alberto era un novato en materia de conquista y, como un boho, replicó, alejándose presto:

—Me... me alegraré que se divierta usted.
Por supuesto, la telefonista se llevó chasco y masculló palabritas desagradables para el tímid.

Alberto estaba de guardia aquella noche. Cenó en el periódico, y mientras lo hacía hojeó el ejemplar que le pertenecía.

En la primera plana había tres retratos fe-



... e iremos siempre de paseo.

meninos en traje de baño. Las tres mujeres eran un primor. Sus piernas, un encanto. Y, por vez primera en su vida, Alberto pensó en lo agradable que es una mujer...

Y al terminar su trabajo, en lugar de encaminarse directamente á su casa, fué a conocer algo de la vida de los hombres en cierta casa donde se bebía, se cantaba y se bailaba, sin conocerse las parejas... en una casa particular, en la que era franqueada la entrada con muchas precauciones... por si llegaba algún cliente indeseable... o agentes de la policía.

Lo que Alberto vió llenóle de asco. Las mujeres evidenciaban su miseria en los menores gestos. El ambiente apestaba a alcohol, a tabaco y a perfumes chillones, enervantes...

Iba a marcharse, considerándose incapaz de permanecer un minuto más allí, cuando vió salir de una pieza inmediata a varios hombres conteniendo a otro que discutía con una de las mujeres de aquel antro de diversión...

Se detuvo. Conocía a aquel hombre, y no le abandonaría en aquel trance, que se le antojaba difícil.

El hombre fué echado a la calle, y Alberto impidió que se le hiciera el menor daño. El infeliz estaba bebido y no sabía lo que hacía.

De pronto, el hombre miró a Alberto y, forzando su memoria, le dijo:

—¿En dónde te he visto yo?

Sonrióle Alberto y le contestó:

—En el periódico. Yo estoy en la imprenta.

—¡Caramba! Es verdad... Me alegro, hombre, me alegro... Pero, ¿por qué trabajas en eso?

—Soy mozo, pero mi deseo es llegar a ser repórter, como usted.

—¿Por qué no pruebas? Tienes buen tipo y pareces listo e instruido. Ve a ver mañana al jefe de redacción.

—¿Me recomendará usted a él?

—Estaré presente, incluso, a vuestra conversación.

—Gracias... Hasta mañana... Esta noche no podré conciliar el sueño, pensando en el resultado de mi petición al jefe, apoyado por usted.

Se despidieron como buenos amigos; y al llegar a su casa, Alberto, para que su madre no se enterara de que llegaba tarde, subió la escala sigilosamente, andando sobre la punta de los pies.

Pero la señora Whitman estaba despierta. Le esperaba, para dormirse cuando tuviese la convicción de que su hijo estaba de regreso, es decir, de que no le había sucedido ningún percance.

Al pasar frente al cuarto de su madre, ésta le preguntó:

—¿Estás bien, hijo mío?

¡Alberto se atragantó! Era la primera vez en

su vida que llegaba a la madrugada a su casa.

Haciendo un esfuerzo, ruborizándose sólo de pensar que su madre pudiese adivinar dónde había estado aquella noche, Alberto contestóle:

—Sí, mamá, estoy bien, gracias... Tuve que trabajar hasta muy tarde.

Y pasaron con lentitud desesperante las horas que separaban a Alberto del momento de ser presentado al jefe de redacción.

El jefe examinó de pies a cabeza a Alberto, y su observación le satisfizo. El muchacho servía. Era agradable, se expresaba con corrección y se echaba de ver que tenía buenos grados de educación.

—Bien, le acepto como empleado de la redacción. Ya no irá más a ensuciarse la cara abajo.

—Muchas gracias, señor. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo, ¿o es que usted quiere que le dé, además, un mes de vacaciones...?

—¿Qué debo escribir?

—Escribir! ¡No corra usted tanto! ¡Vaya usted a buscar la lista de huéspedes de los hoteles!

Y sin darle más explicaciones, le volvió la espalda.

El repórter amigo de Alberto le ayudó a salir airoso de aquel primer encargo, indicando lo que debía hacer.

Y Alberto cumplió a satisfacción de los hoteleros y del jefe.

Le aumentaron el sueldo, por haber subido de categoría, y al final de semana dió a su adorada madre la gran alegría de engrosar con mayor cantidad que de ordinario la caja de los ahorros destinados a adquirir una casita.

Lleno de dicha, exclamó:

—¡Pronto tendremos que comprar una hucha más grande!

Y la madre asintió, afirmando:

—Pronto... pronto...

Siguieron nuevos días. Alberto, como repórter, no hacía nada. Era un aprendiz, y lo mismo llevaba pruebas a la imprenta que le iba a buscar el almuerzo al jefe de redacción. El caso era hacer algo, y como Alberto no era vanidoso...

Pero he aquí que el Destino reservaba una gran sorpresa al aprendiz.

En el periódico había una lindísima mujer, encarnada de la "Crónica Social".

El director-propietario del diario recibió en su despacho particular la visita de dicha cronista, llamada Vera, y la contempló con ojos apasionados.

Vera era bella, atractiva, distinguida. Vestía con inusitado lujo, y la "toilette" que lucía en aquellos momentos era digna de una reina. Era el vestido que estrenaba para el baile de la Embajada Inglesa, al que debía acudir dentro de una hora.

El director del periódico y Vera eran buenos amigos, tan buenos amigos, que aquél pagaba todos sus caprichos, su casa, y la visitaba a ciertas horas en su suntuoso retiro.

Alguien debía acompañar a Vera al baile, y dijo el director al jefe de redacción:

—Designe usted un repórter que acompañe a la cronista social al baile.

—Bien, señor...

Pero el jefe tenía mucho trabajo y no se preocupó de buscar a nadie. Lo haría cuando Vera se presentase en la redacción para dar instrucciones al que debía ser su acompañante.

El director del periódico y Vera siguieron hablando, soportando ella con pesar la charla de su protector, al que sólo toleraba por su dinero, que la permitía vivir con todo el lujo a que se creía con derecho; y, apasionado, díjole el viejo a la ninfa:

—Me gustaría ir contigo, Vera...

—¿Y qué dirían tu mujercita y tu hija?

Era verdad. No podían presentarse en público así como así, porque la murmuración se en-

carga de poner al corriente de lo que se dice a los que más afecta el daño...

Vera encendió otro cigarrillo, y el director le reprochó que fumase tanto.

—¿Qué quieres que haga, entonces? En algo he de pasar el tiempo...

¡Pobres entretenidas!

Vera entró en la redacción y buscó al que debía ser su acompañante, en vista de que el jefe no le señalaba ninguno.

Todos los periodistas la saludaron con mucho respeto... pues ninguno ignoraba que el director la "consideraba" insustituible en su importante "cargo"...

Alberto estaba copiando una lista de nombres extranjeros, cuando Vera apareció en la oficina. El muchacho, creyendo soñar, insistió en sus miradas, asombrado de la belleza de aquella mujer.

¡Si parecía una diosa!

Ella se dió cuenta de la admiración que había causado en el mozo, y, halagada, no encontrándole mal parecido, lo señaló al jefe.

—Elijo a aquel muchacho—le dijo.

El jefe, importándole un comino que fuese un redactor u otro el elegido, aceptó que Alberto acompañase a Vera.

Esta llamó a Alberto; pero el muchacho, ruborizado, no pudiendo creer que ella se dignase llamarle, no se movió de su sitio, por lo que Vera tuvo que repetir la llamada dos o tres veces.

Al fin, Alberto se acercó a la mesa del jefe, donde estaba ella, y esperó órdenes, preguntándose qué quería de él aquella mujer tan hermosa, la más hermosa que había visto en su vida.

El jefe le preguntó, con su peculiar brusquedad:

—¿Tiene usted traje de etiqueta?

—No, señor... No he tenido necesidad de ponérmelo nunca.

—Alquile uno!

Bueno; alquilaría uno. Y luego, ¿qué? Ya vería. No sabía aún, porque no se lo habían dicho, que debía acompañar al baile de la Embajada a la cronista social.

Al poco rato, pues sabía que debía obrar aprisa, Alberto regresaba al periódico vestido de etiqueta, sin omitir la chistera de las grandes solemnidades.

Al entrar en la redacción, el ingenuo muchacho creyó que todos los compañeros iban a agasajarle, como si fuese el mismo Presidente de

la República; pero nadie le hizo caso, ni le detuvo siquiera. Estaban acostumbrados a todo, en aquella casa.

Sonriente, Alberto se presentó al jefe; mas éste, siempre abrumado de trabajo, le espetó:

—¡No esté ahí parado como un bobo! ¡Vaya a ver a la cronista social en su despacho particular!

—Bien, señor...

Alberto iba a añadir:

—¿Le gusto así, jefe?

Pero no se atrevió, temeroso de que el gruñón le tirase un tintero a la cabeza y le manchase la alba camisa.

Emocionado porque tenía que ir al encuentro de Vera, Alberto hubo de darse ánimo varias veces, y, al fin, decidióse a llamar a la puerta del despacho de la bella rubia.

—Señorita... —murmuró al encontrarse ante ella.

Vera, satisfecha de su elección, pues una rápida mirada le demostró que Alberto sabía vestir, no se detuvo en consideraciones y le dijo:

—Vamos al baile de la Embajada.

Albertito estaba dispuesto a ir adonde ella quisiera, encantado de estar a su lado.

Y al poco rato llegaban al baile.

Los amplios salones de la Embajada estaban magníficos, como nunca: derroche de buen gusto y de etiqueta.

Alberto estaba deslumbrado. Miraba a diestro

y siniestro como un niño, sonriendo a todos, diciéndose que las gargantas de las damas valían un dineral, por las joyas que colgaban de ellas, y los dedos de los hombres una fortuna, por los brillantes como garbanzos que lucían en sus dedos de hombres duchos en el manejo de billetes de Banco.

Vió al Presidente, y extasióse en su contemplación.

De pronto, distinguió al director-propietario del periódico, y dijo a Vera:

—¡Y está también el señor Bancroft!

Vera hizo un mohín y siguió adelante, dirigiendo un leve saludo a su protector, quien estaba acompañado de su esposa y su hija, una linda jovencita, pero muy maliciosa.

La esposa del director inquirió:

—¿Quién es esa mujer? ¡La veo en todas partes!

Bancroft, disimulando, contestó:

—Una señorita Worth... trabaja en el periódico... buena familia... perdió todo su dinero...

La hija hizo un gesto que significaba que ella no era ciega ni tonta, y dijo a su padre:

—Pero se conoce que ha encontrado un protector, papá... Esas perlas...

—Serán falsas, mujer... Además, a mí no me interesa que posea o no joyas de valor... En el periódico se porta bien, y eso me basta...

Vera deseaba bailar y lo hizo con Alberto, sin

que el ingenuo sospechase que si la había acompañado al baile era para evitarle a Bancroft el disgusto de verla bailar con uno de los personajes que asistían a la fiesta y que pudiera haber resultado un peligroso rival...

Alberto se embriagaba de perfume al estrechar contra sí, dulcemente, a Vera, y creyó soñar, pues sentíase transportado a las regiones de lo irreal.

¡Qué lástima que aquella noche tuviera fin!

Algunas líneas de la página anterior
que se repiten en la página siguiente
se han omitido para no ocupar más espacio.

Al salir de la fiesta, Alberto se reintegró al periódico, sin haberse despojado de su vestido de etiqueta y conservando aún sobre su cabeza la reluciente chistera.

El jefe lo mandó a la imprenta con unas pruebas, y los operarios, al verle vestido de aquella guisa, se echaron a reír y le preguntaron:

—¿Dónde está el entierro?

Alberto había escrito ya a máquina, recordando aún a Vera, a la que muy galantemente había acompañado hasta su casa, las siguientes impresiones:

"Por primera vez en mi vida he asistido a un baile de gala en la Embajada Inglesa."

"Mi humilde misión de acompañante de la cronista de salones, me ha permitido ofrecer el brazo a la periodista más inteligente y a la mujer más bella del baile.

"Los diplomáticos del mundo entero, los políticos más brillantes de la Unión, toda la élite de la capital se ha codeado con este anónimo aprendiz de repórter.

"Allí estaban los vistosos uniformes del viejo mundo, contrastando con el azul de nuestra propia tierra. Los ropajes exóticos de Oriente, y las pecheras almidonadas de los rígidos británicos.

"Entre aquellos hombres refinados y sonrientes se negocia la paz del mundo. Al verlos unidos con su media sonrisa característica y su rendida cortesía, nadie podría creer que entre las naciones puedan existir guerras jamás..."

Seguían varios párrafos más, todos ellos muy acertados. Pero hubiese escrito otros, no pudiendo hacerlo porque lo mandaron a la imprenta; y durante su ausencia, el subjefe de redacción, al buscar en la mesa de Alberto un artículo que le había entregado para que lo copiase aquella tarde, encontró las impresiones anteriormente descritas, cuya lectura le causó agradable impresión, tanto, que se las llevó al jefe, para que decidiese lo que debía hacer con ellas.

El jefe leyó a su vez el artículo de Alberto y, gratamente sorprendido, determinó su publicación.

Y cuando Alberto volvió a su mesa, procedente de la imprenta, sorprendióse y se disgustó al ver desaparecido su artículo.

Pero cuando salió el periódico y le entregaron el ejemplar que le correspondía, su corazón dióle un vuelco en el pecho al leer su artículo, encabezado del siguiente modo:

UN APRENDIZ DE REPORTER REFIERE
SUS IMPRESIONES
UN ACONTECIMIENTO EN LA
EMBAJADA

Por Alberto WHITMAN

Vera había escrito sus impresiones, muy discretas, muy hábiles, de mujer que conoce la sociedad, y si interesaban las suyas, no desmerecían de ellas las de Alberto.

Vera leyó con agrado los elogios que su acompañante le dirigía públicamente y, acicateado por el deseo de volverla a ver, Alberto mandóle al día siguiente una rosa con una tarjeta que decía así:

Esta es la flor más bonita que pude encontrar en todo Washington.

Alberto

Poco después estuvo a verla en su despacho particular del periódico.

—Buenos días...

—¿Es usted?

—Vengo a darle las gracias por haberme facilitado usted la ocasión de escribir un artículo digno de publicarse.

—El mérito es de usted, no mío...

—Pero si usted no me hubiese permitido acompañarla al baile...

—He leído el artículo... y me ha llamado la atención una cosa... ¿Cree usted realmente que yo era la mujer más bonita del baile?

Alberto no titubró en responder:

—Yo creo... que usted es la mujer más bella del mundo.

—¡Qué exagerado! ¡Cómo se conoce que ha visto a pocas mujeres!

—Me basta con haber visto a usted... para juzgarlas a todas...

—No es prudente proceder así...

—He estado preguntándome...

—¿Sí?

—Estaba pensando...

—¿Pensaba usted...?

—Se me ha ocurrido...

—¿Qué?

—Pues... que el baile estaba espléndido...

—Ya lo ha dicho usted en su artículo...

—No... no era eso lo que le quería decir...

—Hable... ¿De qué se trata?
 —Yo... Es que... ¿Quiere usted...?
 —¿Qué he de querer?
 —¿Quiere usted que salgamos a andar un rato el domingo?
 —¡Andar! Yo no ando nunca.
 En aquel momento llamaron a Vera por teléfono. Era Bancroft, su protector.
 —Tengo que ir a Nueva York a fines de semana... Es cuestión de negocios...
 Vera se irritó para sus adentros. A fines de semana confiaba ver a su protector, como de



—El mérito es de usted, no mío...

costumbre, y acudir, juntos, a unas fiestas particulares. Ahora, sin Brancroft, no podría ir a ninguna parte, pues el viejo era muy celoso.

Alberto iba a marcharse, pero Vera, disponiendo ya del domingo, le detuvo, y, "alquilándole" como acompañante, para distraer un poco su soledad, le dijo:

—¿Quiere usted que salgamos a "andar" como dice usted?

—¿De veras?

—¿Quiere usted?

—¡Sí, el domingo!

—Bueno, pues, andaré.

Y Vera cumplió su palabra: el domingo salió de paseo con Alberto, quien la condujo al parque.

La gente molestaba a la aristócrata, que gustaba de la soledad, pues su constante melancolía se avenía más con la soledad que con el bullicio.

Alberto sentía por Vera una pasión avasalladora, la primera llama aniquiladora del hombre que enloquece al ver a una mujer, a la mujer que ha de ser su salvación o su perdición.

Pero Vera era tan bella, tan distinguida, tan distinta a él...

Humildemente, le murmuró, viéndola triste:

—Siento mucho haberle echado a perder su día... Yo quería que usted pasase un buen rato...

Vera, necesitada de consuelo, agradeció las palabras de Alberto y, dejándose llevar de un

repentino capricho, le dijo, sonriente, más adorable que nunca:

—Es usted muy amable... lo estoy pasando muy bien, y ya que hemos caminado, como usted quería, vámonos ahora a mi casa a tomar el té.

La invitación de la hermosa mujer entusiasmó a Alberto.

¡Ir a su casa!

Ya en ella, Alberto, viendo que Vera fumaba excesivamente, se permitió decirle:

—¿Por qué fuma usted tanto? El tabaco es perjudicial... y en una mujercita como usted...

—Fumo porque... estoy siempre nerviosa y sola...

—¿Y cómo es posible que una mujer tan guapa como usted esté siempre sola?

—Es el Destino, amigo mío...

—Y con esta casa tan bonita... que debe costar un dineral...

—Sí... cuesta un dineral...

—La veo a usted otra vez triste... No quiero molestarla más... Voy a marcharme.

—¡No, no se vaya usted! Espere a que me cambie de traje, y tomaremos el té juntos.

Alberto esperó, diciéndose en tanto que aquella mujer lo era todo para él, y durante la espera vió en un jarrón un ramo de flores, en el que había una tarjeta con la siguiente dedicatoria:

Feliz cumpleaños

¿Cómo? ¿Era el cumpleaños de Vera? ¡No lo sabía!

Reapareció la amada, y Alberto maravillóse al verla vestida como en un cuento de hadas. ¡Una emperatriz no vestía mejor que ella!

La frívola Vera, la histérica Vera, se había propuesto esclavizar a Alberto, y lo iba consiguiendo. Tumbóse en un diván, y fingiendo que se hallaba enferma, permitió a Alberto que le frotase las sienes, incitándole luego a que la besara. Pero Alberto, un perfecto novato, respetando a la mujer que él amaba por encima de todo, creyó de buena fe que ella deseaba descansar, para que se le aliviase el dolor de cabeza, y desapareció.

Pero la locura de amor existía ya, y para decirle con algo que él la amaba, Alberto, sin saber lo que hacía, obedeciendo tan sólo a sus instintos, vació la hucha donde su madre guardaba sus ahorros. Los empleó todos en la adquisición de un brazalete, y fué a regalárselo a Vera en el despacho que tenía en el periódico.

La sorpresa de la entretenida fué enorme al ver aquella joya, de notable valor, y empezaba a sentir un poco de cariño leal hacia aquel ingenuo muchacho; pero, así y todo, no podía compararse ni en una milésima parte con el verdadero amor.

Alberto era para la frívola un pasatiempo agradable, un amigo en quien podía hallar con-

suelo... pero nada más. Ella pertenecía al dinero, y Alberto era un pobre empleado.

Se besaron en el despacho, y al verles juntos, el periodista amigo de Alberto, advirtió a éste:

—¡Ten cuidado, muchacho! ¡No sabes que Vera es la protegida de Bancroft?

¿Qué decía aquel miserable? Alberto se abalanzó a él, y el amigo tuvo que defenderse, por-



¡Una emperatriz no vestía mejor que ella!

que estaba ciego y apretaba el cuello como si fuera a ahogarle.

Al llegar a su casa, su madre advirtió que regresaba cambiado.

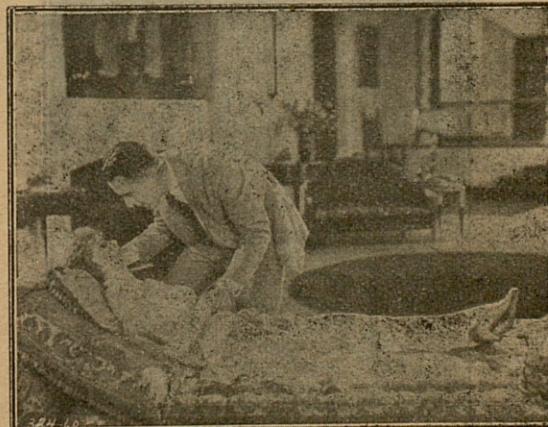
Una extraña agitación dominaba a su hijo. La buena mujer había visto ya la hucha vacía, y Alberto murmuró:

—Necesitaba dinero... Algo muy importante.

—¿Más importante que nuestra casa?

—¡Más importante para mí que nada en el mundo!

La madre comprendió. Sabía algo..



... respetando a la mujer que él amaba...

—¡Esa mujer quiere arruinar tu vida, y yo no lo voy a consentir!

—¡Tú no sabes nada de ella!

—¡Yo sé quién es ella y lo que es...!

—¡Cállate! ¡No digas ni una palabra más!

¡Vera es un ángel!

Llegó a amenazar a su madre, y, furioso, precipítose a la casa de su amada.



... vació la hucha...

Vera estaba contemplando sus joyas, recordando, al ver el brazalete, a Alfredo.

Al verle llegar tan agitado, y sin que ella le esperase, preguntó, inquieta:

—¿Te pasa algo?

—Tenía que venir... ¡Oh, te amo! Las cosas que dicen de ti, no pueden ser ciertas... No soy nada... pero por tu amor llegaré a serlo...

¡Infeliz! El corazón de aquella mujer no podía ablandarse. Era de piedra. Le agradecía la confianza que demostraba en ella, pero no le amaba. No le amaría nunca.

¡Pobre muchacho!

Inesperadamente, llegó Bancroft. Tenía su llave y entraba en la casa cuando quería.

Al verle, Alfredo se abrazó a Vera, para demostrarle que los dos se amaban y que él, Bancroft, estaba allí de más. Pero Vera, puesta en el trance de elegir entre la lealtad de Alberto, que le brindaba paz, amor, ventura, y el dinero de Bancroft, se inclinó por lo último, y señaló la puerta a Alberto.

Negóse el novato, y Bancroft quiso obligarle a que saliera, tratándole con violencia. Entonces Alberto, obrando en defensa propia, apoderóse de una pequeña estatua de bronce que había sobre una mesa, al alcance de su mano, y dió un golpe en la frente a Bancroft, quien se desplomó al suelo, sin vida.

Alberto huyó, y en su desesperación ocultóse

en la casa encantada, en aquella casa en que en su niñez entrara una vez dándose las de valiente. Vera avisó al secretario de Bancroft, para que la aconsejara en aquel terrible apuro, y el aludido le recomendó que no hiciese nada hasta que él llegase, pues convenía evitar el escándalo.

Las cosas se llevaron a la callada, y como era forzoso que allí apareciera un culpable, se acusó a Alberto de asesino de Bancroft.

Vera se negaba, al principio, a perjudicar a Alberto; pero, convencida por el secretario de que sólo obrando de aquel modo quedaban a salvo de la maledicencia la memoria de Bancroft y la reputación de ella, aceptó hacer lo que se le ordenase.

Alberto fué descubierto en la casa de los fantasmas, pues su madre, súbitamente inspirada, fué a ver si estaba allí, y al ser juzgado, Vera informó:

—Como acaba de decir el señor secretario del pobre señor Bancroft, éste, aquél y yo, estuvimos trabajando toda la noche en la preparación de un importante artículo. De pronto, irrumpió en el despacho el acusado y agredió a Bancroft. El muchacho es socialista y odiaba a su jefe...

Y Alberto fué condenado a muerte.

* * *

Vera no vivía tranquila. Sus nervios, en continua tensión, no la dejaban un minuto de reposo. Fumaba... fumaba...

La señora Whitman fué a visitarla, y sus lágrimas de fuego supieron tocar las fibras de aquella mujer que parecía de piedra.

Si ella declarase la verdad, como la sabía la pobre madre, era seguro que Alfredo sería libertado, porque obró en legítima defensa.

Pero Vera pensaba en su reputación, y se negaba a provocar una revisión del proceso.

¿Y si suplicase que no se diera a conocer su nombre al público?

¡Inspiración de Dios!

Ya no vaciló y, hechas sus declaraciones ante el juez, Vera y la pobre madre se llevaron la seguridad de que Alberto sería libertado por orden del Presidente de la República.

Y unos días después, Vera contemplaba, desde el interior de un automóvil, la salida de la cárcel de Alberto, a quien esperaba su madre, luego alejarse a madre e hijo, muy cogidos de brazo, para vivir de nuevo su vida de honradez y bondad de siempre.

En cuanto a ella, que tan funesto papel había jugado en la vida de aquel noble muchacho, desaparecería de la capital, huyendo lejos, donde pudiese olvidar...

GRAN EXITO sivly en el
en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

la formidable novela:

AMANTES

EMOCIONANTE ASUNTO

16 fotografías de página entera

Artística portada

B.

